

Escultura lenta

Theodore Sturgeon

Ella ignoraba quién era él cuando le encontró; en realidad, poca gente le conocía. Él se hallaba en el huerto, trabajando bajo un peral. La tierra olía a finales de verano y a viento; a bronce, olía a bronce. Levantó la vista hacia una joven de unos veinticinco años, con un rostro carente de miedo y unos ojos del mismo color que el cabello, cosa extraordinaria porque su cabellera era de un tono doradorrojizo. Ella contempló al hombre de unos cuarenta años, de piel correosa, que tenía un electroscopio de láminas de oro en la mano, y se sintió como una intrusa.

— Oh... — exclamó en el tono que por lo visto era el más oportuno, toda vez que el hombre asintió al oírla.

—Sostenga esto —le pidió él después, lo que eliminaba toda idea de intrusismo.

La muchacha se arrodilló junto al hombre y cogió el instrumento, sosteniéndolo tal como él se lo puso en la mano. Luego, él se apartó un poco y se golpeó la rodilla con un vibráfono.

— ¿Qué ocurre? —preguntó.

Tenía una voz bonita, la clase de voz que los desconocidos observan y escuchan.

La joven estudió las delicadas láminas de oro de la capa de cristal del electroscopio.

— Se están separando —respondió ella.

Él volvió a golpear la rodilla con el vibráfono y las láminas se separaron un poco más.

— ¿Mucho?

—Unos cuarenta y cinco grados cuando usted se golpea con el vibráfono.

—Bien..., es casi todo lo que podemos conseguir.

De un bolsillo de su chaqueta extrajo una bolsa de polvo de yeso y echó un puñado al suelo.

— Ahora me apartaré —añadió—. Quédese aquí y dígame cuánto se separan las láminas.

Rodeó el peral caminando en zigzag, e iba golpeando el vibráfono en tanto ella gritaba números: diez grados, treinta, cinco, veinte, nada. Cuando las láminas doradas se separaban al máximo, él dejaba caer más polvo. Cuando terminó, el peral estaba rodeado por un tosco óvalo de motas blancas de yeso. Sacó un cuaderno y trazó el diagrama del óvalo y del árbol; se guardó el cuaderno y recuperó el electroscopio.

— ¿Buscaba algo? —le preguntó a ella.

— No...Sí.

Él sonrió. Y, aunque la sonrisa no duró mucho, la joven la halló sorprendente en un rostro como aquél.

—Eso no es lo que un tribunal llamaría una respuesta positiva.

La muchacha miró hacia la montaña, metálica a la luz del atardecer. No había mucho que ver: rocas, maleza de verano, algunos árboles y un huerto. Alguien había recorrido un largo camino para llegar hasta allí.

—No es una pregunta sencilla —se disculpó, tratando de sonreír y prorrumpiendo en llanto.

Lo lamentó y se excusó.

— ¿Por qué? —quiso saber él.

Era la primera vez que la joven experimentaba este interrogatorio. Era algo turbador. Y siempre lo sería, a veces mucho más.

—Bueno, uno no debe dejarse llevar por las emociones en público.

—Usted ha tenido la culpa. No conozco a ese uno del que habla.

—Creo que yo tampoco, ahora que lo menciona.

—Entonces, diré la verdad. De nada sirve andar con rodeos y pensar: «Él

descubrirá que yo...» o algo por el estilo. Yo pensaré lo que deba pensar, diga usted lo que diga. O... me iré sin decirle nada más.

La joven no hizo ademán de irse, por lo que él añadió:

—Pues diga la verdad. Si es importante será sencilla, y si es sencilla será fácil decirla.

— ¡Voy a morir! —gritó ella.

— —Yo también.

—Tengo un bulto en el pecho.

—Venga a casa y se lo quitaré.

Sin más palabras se alejó y empezó a cruzar el huerto. Sobresaltada hasta lo indecible, indignada y llena de una loca esperanza, lanzando incluso una carcajada de asombro, ella permaneció un momento viéndole marchar, y al final (¿en qué instante lo decidió?) echó a correr tras él.

Le alcanzó en el lindero superior del huerto.

— ¿Es usted médico?

No parecía haberse dado cuenta de la inmovilidad de la joven ni de su carrera.

—No —negó él.

Y siguió andando, sin ver, al parecer, cómo ella volvía a detenerse, mordiendo el labio inferior, y cómo echaba a correr nuevamente.

—Debo de estar loca —murmuró la joven, uniéndose a él en un sendero del jardín.

Se lo dijo a sí misma, aunque él ya debía de saberlo porque no respondió.

El jardín estaba lleno de retadores crisantemos, y había un estanque en el que divisó el destello de un par de carpas imperiales plateadas —no doradas—, las mayores que había visto. Después... la casa.

Primero formaba parte del jardín, con la terraza y sus columnas, y luego, con sus muros rocosos (demasiado grandes para considerarlos de piedra), era parte de la montaña. Se hallaba encima y dentro de la ladera, y sus tejados corrían paralelos a la línea del cielo, por delante y a los lados, y parte de los mismos estaban sostenidos por un saliente de la cara rocosa. La puerta, hecha de

tablas y bien claveteada, con dos estrechas aberturas, se abrió (aunque no había nadie allí), y cuando volvió a cerrarse todo quedó en silencio, impidiendo la entrada de todo lo exterior mucho más sólidamente que con el golpe de una cerradura o un pasador. La joven se quedó con la espalda contra la puerta, viéndole atravesar lo que parecía el centro de la casa, o al menos de esta parte. Era una especie de patio pequeño, en cuyo centro había un atrio, acristalado por sus cinco lados y abierto por arriba. Tenía un árbol, un ciprés o un enebro, retorcido, torturado, con el aspecto escultural de lo que los japoneses llaman bonsai.

— ¿No viene? —le gritó él, sosteniendo abierta una puerta detrás del atrio.

—Los bonsai no tienen tres metros de altura —exclamó ella.

—Éste sí.

La joven se acercó lentamente, contemplando el árbol.

— ¿Cuánto hace que lo tiene?

El tono de voz del hombre daba a entender que estaba sumamente complacido. Es una tontería preguntarle al dueño de un bonsai si éste es muy viejo, ya que se le está preguntando si ha sido obra suya o si lo adquirió y continuó la labor de otro individuo; se le está tentando a proclamar que son suyos la concepción y el trabajo meticuloso de otro, y asimismo resulta grosero decirle a una persona que se la está probando. Por tanto, « ¿cuánto hace que lo tiene?» es amable, grato y tremendamente cortés.

—La mitad de mi vida —fue la respuesta.

La muchacha miró el árbol. A veces se hallan árboles, no totalmente abandonados, no totalmente olvidados, plantados en bidones mohosos, en invernaderos mal cuidados, que permanecen sin vender a causa de una forma rara o por tener algunas ramas muertas, o bien por haber crecido con excesiva lentitud en conjunto o en parte. Éstos son los que desarrollan troncos interesantes y una gran resistencia ante el infortunio, lo cual les hace florecer si se les da la menor excusa para vivir. Este árbol era más viejo que la mitad de la vida de su dueño, o que toda su vida. Al contemplarlo, ella se quedó aterrada por la idea de que un incendio, una familia de ardillas, alguna oruga subterránea o las termitas

podieran exterminar tanta belleza, algo que ofrecía el concepto de rectitud o justicia o... respeto. Volvió a mirar el árbol. Luego, miró al hombre.

— ¿Viene? —dijo éste.

—Sí —asintió ella, entrando con él en el laboratorio.

—Siéntese aquí y relájese —le aconsejó él—. Esto puede tardar bastante.

«Aquí» era en una butaca de cuero situada junto a la biblioteca. Había libros sobre todos los temas: obras de consulta sobre medicina e ingeniería, física nuclear, química, biología, psiquiatría... También había obras sobre tenis, gimnasia, ajedrez, sobre el juego de guerra oriental Go y sobre golf. Y dramas, las técnicas de la novela, *El uso moderno del inglés*, *El lenguaje norteamericano* y el suplemento, los diccionarios poéticos de Wood y Walker, y una serie de diccionarios y enciclopedias. Además de un estante repleto de biografías.

— ¡Vaya biblioteca...!

Él respondió con brevedad; estaba claro que no deseaba hablar, ya que se hallaba enfrascado en su trabajo.

—Sí, es cierto —dijo solamente—. Tal vez la vea alguna vez.

La joven se preguntó qué querría decir con esas palabras. Luego, decidió que había querido decir que los libros que había junto a la butaca eran los que él tenía a mano para su trabajo, y que la verdadera biblioteca estaba en otro lugar. Le miró con gran respeto.

Siguió contemplándole. Le gustaba la manera como se movía: rápido, decidido. Estaba claro que sabía lo que hacía. Ella reconoció parte del equipo que usaba: un alambique, un equipo de probetas, una centrifugadora. Había dos refrigeradores, uno de los cuales no lo era, puesto que ella podía ver que el termómetro de la puerta marcaba 21°C. Pensó que un refrigerador moderno era perfectamente adaptable a la demanda de un ambiente controlado, incluso de uno cálido.

Pero todo aquello, junto con el equipo que no reconocía, no era más que mobiliario. Era al hombre al que valía la pena contemplar, el hombre el que la mantenía ocupada, hasta el punto de que en todo aquel tiempo ni una sola vez se sintió tentada de examinar la biblioteca.

Al fin, él terminó una larga secuencia en el banco de trabajo, movió unos interruptores, cogió un taburete y se acercó a ella. Se sentó en el taburete, con los pies sobre un travesaño, y colocó sus manos largas y atezadas sobre las rodillas.

-¿Asustada?

—Supongo que sí.

—No tiene ningún motivo.

—Considerando la alternativa —murmuró ella valerosamente, aunque su tono decayó con rapidez—, no puede importar mucho.

—Muy juicioso —aprobó él casi animosamente—. Recuerdo que siendo niño se produjo un fuego en el edificio donde vivíamos. Hubo un gran revuelo para salir, y mi hermano de diez años de edad se encontró en la calle con un despertador en la mano. Era un reloj viejo que no funcionaba... y de todas las cosas que había en casa tuvo que coger ese despertador. Nunca pudo saber por qué.

— ¿Lo sabe usted?

— ¿Por qué cogió aquel objeto? No. Aunque creo saber por qué hizo algo tan irracional. Sí, el pánico es un estado de ánimo muy especial. Como en el miedo y la fuga, o la furia y el ataque, se trata de una reacción primitiva ante un peligro extremado. Es una de las expresiones de la voluntad de sobrevivir. Y lo que la torna tan especial es su irracionalidad. ¿Por qué el abandono de la razón puede ser un mecanismo de supervivencia?

La joven meditó la pregunta con gran seriedad. Aquel hombre tenía algo que tornaba imperiosa la seriedad.

—No me lo imagino —confesó al fin—. A menos que sea porque, en algunas situaciones, la razón no funciona.

—Puede imaginárselo —replicó él, irradiando de nuevo su tremenda aprobación y haciéndola resplandecer—. Y acaba de hacerlo. Si se está en peligro y se intenta razonar, y la razón no funciona, se la abandona. Es inteligente abandonar lo que no sirve, ¿verdad? Por tanto, usted siente pánico, y empieza a realizar acciones al azar. La mayoría, casi todas, serán inútiles; algunas pueden ser incluso peligrosas, mas eso no importa: usted ya está en peligro. El factor de

supervivencia entra en juego cuando muy adentro de uno mismo se sabe que la única oportunidad entre un millón es mejor que ninguna en absoluto. Y así... aquí está usted sentada; está asustada y podría huir, pero algo le aconseja que no huya... y no huye.

Ella asintió.

— Usted encontró un bulto —continuó él—. Fue a visitar a un médico y él le hizo unos análisis y le dio una mala noticia. Quizá fue a otro médico y la confirmó. Entonces, usted investigó un poco y supo qué sucedería a continuación..., las exploraciones, la extirpación, la recuperación incierta, todo el largo y terrible proceso de ser lo que se llama un caso perdido. Y se asustó. Hizo algunas cosas que desea que yo no le pregunte. Viajó hacia cualquier parte y terminó en mi huerto sin motivo alguno.

Extendió las manos y las hizo volver a su especie de sueño.

— Pánico —prosiguió—. Eso es lo que explica que esos pequeños permanezcan en pijama en medio de la noche con despertadores rotos en la mano y que existan charlatanes.

Algo campanilleó en el banco de trabajo y él sonrió brevemente y volvió a su tarea.

—A propósito —agregó por encima del hombro—, yo no soy un charlatán. Para llamarse charlatán hay que ser médico y yo no lo soy.

Ella le vio tocar los interruptores, abriendo, apagando, agitando, midiendo y calculando. Una pequeña orquesta de aparatos cantaba a coro y en solos a su alrededor, mientras él dirigía los chirridos, los silbidos, los campanilleos, los golpeteos. La joven deseaba reír, llorar, chillar. No hizo nada de todo eso por miedo a no poder parar.

Cuando él volvió a su lado, el conflicto ya no existía en su interior, sino que ejercía en ella constantes y opuestas tensiones; el resultado era un terrible éxtasis, y lo único que pudo hacer cuando vio el instrumento en la mano del hombre fue abrir más los ojos. Casi se olvidó de respirar.

—Sí, es una aguja —afirmó él, con tono casi zumbón—. Una aguja larga y muy delgada. No me diga que pertenece a esa clase de personas que temen a las

agujas.

Tensó el cable que unía la aguja al estuche negro, lo aflojó un poco y se sentó en el taburete.

— ¿Quiere algo para serenarse?

Ella tenía miedo de hablar; la membrana que contenía su yo sano era muy tenue y estaba muy tensa.

—Yo en su lugar no tomaría nada —continuó él —, porque la gama farmacéutica es muy compleja. Claro que si necesita algo...

La joven logró negar con la cabeza y de nuevo experimentó la sensación de que de él surgía una oleada de aprobación. Deseaba formular un millar de preguntas, ansiaba formularlas..., necesitaba formularlas. ¿Qué había en la aguja? ¿Cuántos tratamientos habría que aplicarle? ¿Cómo serían? ¿Cuánto tiempo debería permanecer... y dónde? Y lo más importante: ¿podría vivir? Oh, sí, ¿podría vivir?

Él pareció interesado por una sola de tales preguntas.

—Está formado a partir de un isótopo de potasio. Si le contase todo lo que sé al respecto y de qué manera llegué a ello, tardaría..., bueno, tardaría más tiempo del que disponemos. Pero ésta es la idea general: a nivel teórico, cada átomo se halla equilibrado eléctricamente (no importan las excepciones ordinarias). De la misma manera, todas las cargas eléctricas de una molécula se supone que están equilibradas..., tantas más, tantas menos..., total cero. Bien, descubrí que el equilibrio de las cargas de una célula trastornada no es cero..., al menos, no completamente. Es como si se produjese una tormenta microscópica a nivel molecular, con algunos relámpagos centelleando en todas direcciones, cambiando los signos. Con interferencias en las comunicaciones por la estática y demás —añadió, gesticulando con la hipodérmica forrada en la mano—, y eso es todo. Cuando algo se interfiere en las comunicaciones..., especialmente en el mecanismo RNA, que dice: lee este plano original y construye de acuerdo con él, y para cuando esté hecho...; cuando este mensaje es alterado, se construyen cosas al revés, desequilibradas, cosas que casi son buenas, casi son perfectas, pero sólo casi: éstas son las células perturbadas o salvajes, y los mensajes que

transmiten son aún peores.

»Bien, es secundario que dichas tormentas estén provocadas por virus, agentes químicos, radiaciones o traumas físicos, e incluso por la ansiedad, aunque no creo que la ansiedad pueda hacerlo. Lo importante es arreglarlo, a fin de que no se produzca la tormenta. Si esto se puede hacer, las células poseen suficiente habilidad para reparar y reemplazar lo que anda mal. Y los sistemas biológicos no son como pelotitas de ping pong con cargas estáticas, aguardando a que la carga se escurra o descargue en un cable subterráneo. Poseen una especie de resorte, que yo llamo perdón, que les permite tomar un poco más, o un poco menos, de carga, y enderezar lo que está mal. Digamos que un grupo de células se torna salvaje y construye un agregado de un centenar de unidades extra en el lado positivo. Inmediatamente, las células de alrededor se sienten afectadas, aunque no la capa siguiente ni la sucesiva a ésta.

»Si pudieran ser abiertas por la carga extra se las podría drenar, y esto curaría a las células salvajes de su excedente..., ¿lo entiende? Y podrían sanar por sí mismas, o pasar el excedente a otras células y después a otras, que se ocuparían del caso. Dicho de otro modo: si logro inundar su cuerpo con un intermediario que pueda drenar y distribuir una concentración de esta carga desequilibrada, los procesos corporales normales podrán penetrar allí y reparar el mal causado por las células salvajes.

Sostuvo la aguja entre sus rodillas y de un bolsillo lateral de su bata de laboratorio sacó una cajita de plástico, la abrió y extrajo un algodón empapado en alcohol. Sin dejar de hablar animadamente, cogió el brazo de la chica, casi entumecido por el terror, y le frotó el hueco del codo.

—No quiero decir en absoluto que la carga nuclear del átomo sea lo mismo que la electricidad estática. En realidad, están en campos muy distintos. Pero la analogía sí vale. Y aún podría añadir otra analogía. Podría comparar la carga de las células salvajes a una acumulación de grasa, y este producto mío a un detergente que destruyese la grasa hasta no poder ser ya detectada. Pero prefiero la analogía de la estática por un extraño efecto secundario: los organismos que reciben este producto elaboran una gran cantidad de carga estática. Se trata de un

subproducto, y por razones sobre las cuales por el momento sólo puedo teorizar, parece estar sintonizado con el audioespectro. Como sintonizar horquillas, por ejemplo. Con esto estaba jugando cuando nos hemos encontrado. El árbol está empapado de este producto. Tenía un grupo de hojas con células salvajes. Bien, ya no lo tiene.

Dedicó a la muchacha una sorprendente sonrisa y la dejó extinguirse al poner la aguja hacia arriba y presionar la jeringa. Luego, sujetando con la otra mano el bíceps izquierdo de la joven, apretó lenta y firmemente. Bajó la aguja, la apuntó y la metió en la vena con gran destreza; ella lanzó una exclamación, no de dolor, sino por la falta del mismo. Atentamente, él vigiló el tubito de cristal que sobresalía de la vaina negra al retirar el émbolo una fracción, y observó la entrada de sangre en el fluido incoloro de la jeringa. Mantuvo fija la aguja hipodérmica.

—Por favor, no se mueva... Lo siento, tardaré un poquito. He de introducirle bastante líquido. Lo cual es estupendo, como ya sabe —agregó, en el mismo tono con el que había efectuado sus observaciones sobre el audioespectro —, porque, con efectos secundarios o no, es consistente. Los sistemas biológicos sanos desarrollan un fuerte campo electrostático, mientras que los enfermizos lo desarrollan débil o de ninguna clase. Con un instrumento tan primitivo y simple como ese pequeño espectroscopio es posible saber si alguna zona del organismo posee una comunidad de células salvajes, y en tal caso, dónde está y su magnitud, así como el grado de salvajismo, por decirlo de algún modo.

Hábilmente, varió su presión sobre la hipodérmica sin moverla ni cambiar la presión del émbolo. Empezaba a resultar incómodo, como un dolor al convertirse en magulladura.

—Y si se pregunta por qué este mosquito tiene una funda con cable unido a ella (aunque estoy seguro de que no se lo pregunta y que sabe tan bien como yo que mi charla sólo tiene por objeto mantener su mente ocupada), se lo explicaré. No es más que una bobina que transporta una corriente alterna de alta frecuencia. El campo alternante hace que el fluido sea magnética y electrostáticamente neutral desde el principio.

Retiró la aguja de repente, con gran suavidad, dobló el brazo de la joven y

dejó en el hueco del codo un trocito de algodón.

— ¿Cómo se encuentra? —le preguntó.

— Ella buscó frases acertadas.

—Como la poseedora de una gran histeria durmiente suplicándole a alguien que no la despierte.

—Dentro de poco —le dijo, riendo— se sentirá tan rara que no tendrá tiempo para histerismos.

Se puso de pie y devolvió la aguja al banco de trabajo, enrollando el cable al mismo tiempo. Desconectó el campo de corriente alterna y volvió junto a la muchacha con un cuenco de cristal y un trozo cuadrado de conglomerado. Puso el cuenco invertido en el suelo, cerca de la chica, y colocó la madera sobre su ancha base.

—Recuerdo algo parecido —musitó ella—. Cuando estuve en..., en el instituto. Generaban relámpagos artificiales con un..., deje que recuerde... Bueno, había una cinta transportadora muy larga que funcionaba sobre unas poleas, unas raspaduras de cable y una gran bola de cobre en lo alto.

—El generador Van de Graaf.

— ¡Exacto! Hacían toda clase de cosas con ese aparato, aunque lo que recuerdo más especialmente es que me subía a un pedazo de madera colocado sobre un cuenco como éste, me cargaban con el generador y no sentía nada, excepto que mi cabello parecía escapárseme de la cabeza. Todos se reían. Yo parecía una muñeca de cara negra y cabello tieso; al parecer, soportaba cuarenta mil voltios.

— ¡Bravo! Me alegro de que lo recuerde. Aunque esto será un poco diferente. Aproximadamente, habrá otros cuarenta mil.

-Oh...

—No tema. Mientras se halle aislada, apartada de objetos que relativamente toquen el suelo, como yo, por ejemplo, no habrá fuegos artificiales.

— ¿Usará un generador como aquél?

—No como aquél. En realidad ya lo he usado. Usted es el generador.

-Yo... ¡Oh...!

La joven levantó la mano de la butaca tapizada y al momento se produjo una serie de chispas y un débil olor a ozono.

—Sí, usted es un generador, más de lo que yo pensaba, y más rápido. ¡Levántese!

Ella empezó a hacerlo lentamente, pero terminó la maniobra más de prisa.

Cuando su cuerpo se separó del asiento, durante una fracción de segundo permaneció sentada en una masa de hilos blanquiazules. Dichos hilos, o ella misma, la empujaron un metro y medio más allá, siempre de pie. Literalmente fuera de sí, la muchacha estuvo a punto de caerse.

— ¡Quédese de pie! —le ordenó él.

Ella se recobró, jadeando. Él retrocedió un paso.

—Suba a la madera —ordenó—. ¡Vamos, rápido!

La joven obedeció, dejando, en los dos pasos que tuvo que dar, dos breves pisadas de fuego. Se equilibró sobre la tabla, y su cabello, visiblemente, empezó a agitarse.

— ¿Qué me está sucediendo?

— —Todo va bien —la tranquilizó él.

Se dirigió al banco de trabajo y puso en marcha un generador de tono. El aparato gimió al pasar de uno a los trescientos grados del ciclo. Él aumentó el volumen y movió el control. El rugido se hizo más agudo, y el cabello doradorrojizo de la muchacha se atiesó hacia arriba, intentando cada hebra separarse de las demás. El hombre aumentó el tono por encima de los diez mil ciclos y después lo redujo al inaudible once; en ambos extremos, el cabello de la chica descendió, si bien hacia los mil doscientos adquirió un aspecto semejante al de la muñeca antes descrita por ella.

Dejó el volumen a un grado más o menos tolerable y cogió el electroscopio. Fue hacia ella, sonriendo.

—Usted es un electroscopio, ¿entendido? Y también un generador Van de Graaf viviente. Y una muñeca negra, de pelo tieso.

—Déjeme bajar —fue todo lo que ella acertó a decir.

—Todavía no. Por favor, no se mueva. El diferencial entre usted y todo lo

demás es tan alto que, si se acercara a cualquier objeto, descargaría en él. No le haría daño, pues no es una corriente eléctrica, pero podría quemarse y sufrir un shock nervioso.

Levantó el electroscopio e incluso a aquella distancia, y a pesar de su inquietud, la muchacha vio como las láminas de oro se separaban. El dio vueltas en torno a la joven, contemplando atentamente las láminas moviendo el instrumento atrás y adelante, y de un lado a otro. Después fue hacia el generador de tono y bajó un poco el volumen.

—Envía usted un campo de fuerzas tan poderoso que no puedo captar las variaciones —explicó.

Luego volvió hacia ella, aproximándose más que antes.

—No puedo... mucho más..., no puedo... —murmuró ella.

Él no la oyó, o fingió no oírla. Luego, fue pasando el electroscopio cerca del abdomen de la joven, hacia arriba y de un lado a otro.

— ¡Bravo! Así va bien... —exclamó animadamente, acercando el aparato a su seno derecho.

— ¿Qué? —gimió ella.

—El cáncer. El seno derecho, bajo, en torno al sobaco. —Lanzó un silbido—. Muy malo. Maligno como el demonio.

La muchacha se tambaleó y al final cayó de cara. Una tremenda negrura la invadió, retrocedió explosivamente en un resplandor de agonizante blanquiazul, y al final se abatió sobre ella como un alud montañoso.

Un sitio donde las paredes tocan el techo. Otra pared, otro techo. No lo había visto antes. No importa. No interesa.

Dormir.

Un sitio donde las paredes tocan el techo. Algo en el camino. Su rostro, cerrado, tenso, cansado; ojos despiertos y penetrantes. No importa. No interesa.

Dormir.

Un sitio donde las paredes tocan el techo. Abajo, el sol poniente. Arriba, unos crisantemos color oro oxidado en una cornucopia de cristal verdedorado. Otra vez algo en el camino: su rostro.

— ¿Puede oírme?

Sí, pero no responder. Ni moverme. Ni hablar.

Dormir.

Es una habitación, una pared, una mesa, un hombre paseando; una ventana en la noche, y máscaras que parecen vivas, pero ¿no sabes que son recortadas y se están muriendo?

¿Lo saben?

-¿Cómo está?

Urgente, urgente.

—Tengo sed.

Frío y un mordisco de hielo que duele en los goznes de las mandíbulas. Zumo de uva. Tendido sobre el brazo y sosteniendo el vaso con la otra mano... Oh, no, no es esto...

— Gracias, muchas gracias...

Tratar de sentarse, la sábana... ¡Mi ropa!

—Lo siento —se disculpa él, como leyendo en su mente—. Algunas cosas son incompatibles con medias y minifaldas. Todo lavado, seco y listo para usted... en cualquier momento. Allí.

El vestido de lana marrón, las medias y los zapatos, en la butaca. Él se muestra respetuoso, permanece de pie y deja el vaso junto a una botella que hay en la mesita de noche.

— ¿Qué cosas?

—Ropa de cama, vestidos... —contestó él cándidamente.

Protegida por la sábana, que puede ocultar los cuerpos pero no el embarazo de una situación.

—Oh, lo siento... Yo... no debo...

Al mover la cabeza, él entra y sale de su campo de visión.

—Sufrió un shock —explicó él —, y hasta ahora no se había recuperado.

Vaciló. Era la primera vez que ella le veía excitarse por algo. Por un momento, casi pudo leerle el pensamiento: ¿Debo decirle lo que pienso? Claro que debía decírselo, y lo hizo.

—Usted no quería salir del shock.

—Lo he olvidado todo.

—El peral, el electroscopio... La inyección, la respuesta electrostática...

—No —negó ella, sin estar segura. Luego, segura, repitió—: ¡No!

— ¡Tranquila! —gritó él.

Lo primero que supo fue que él se hallaba junto a la cama, inclinado sobre ella, con las dos manos presionando sus mejillas.

—No vuelva a desmayarse —añadió —. Puede resistirlo. Puede resistirlo porque todo va bien, ¿comprende? ¡Ya está curada!

—Usted me dijo que tenía cáncer...

Su acento era acusador. Él se echó a reír.

—Fue usted quien me dijo que lo tenía.

—Pero no lo sabía con certeza.

—Entonces, eso lo explica todo —replicó él en tono burlón—. En todo lo que hice no había nada que justificase un repliegue en sí misma de tres días. Tenía que ser algo de su interior.

— ¡Tres días!

Él se limitó a asentir y prosiguió con lo que estaba diciendo.

— De vez en cuando soy un poco fatuo. A causa de que me sobra el tiempo. Supuse demasiado, ¿verdad?, cuando pensé que usted había visitado a un médico, e incluso le habían hecho una biopsia. No se la hicieron, ¿eh?

—Tuve miedo —admitió la joven. Le miró fijamente —. Mi madre murió de cáncer, y mi tía y mi hermana sufrieron una mastectomía radical. No podría soportarlo. Y cuando usted...

— Cuando le dije lo que usted ya sabía, lo que no quería oír, no pudo resistirlo. Perdió el conocimiento. Sí, se desmayó sin que eso tuviese nada que ver con los más de setenta mil voltios de estática que tenía en el cuerpo. Yo la cogí a

tiempo.

Extendió los brazos y ella, instintivamente, retrocedió, pero él los mantuvo extendidos, exhibiéndolos, hasta que la muchacha los miró y vio las marcas de quemaduras en los antebrazos y los bíceps, tanto como se lo permitía la camisa de manga corta.

—Tengo quemaduras en el noventa por ciento de los brazos — añadió él — . Pero al menos a usted no le estalló la cabeza ni nada por el estilo.

— Gracias —murmuró la joven reflexivamente. De pronto, empezó a llorar—. ¿Qué voy a hacer?

— ¿Hacer? Volver a su casa, esté donde esté... Rehacer su vida, sea la que sea...

—Pero usted dijo...

— ¿Cuándo se le meterá en la cabeza que lo que dije no era ningún diagnóstico?

— ¿Quiere decir que lo curó?

—Quiero decir que usted lo está curando ahora. Ya se lo expliqué el otro día. Ahora lo recuerda, ¿no es cierto?

—No muy bien..., pero... sí.

Subrepticamente, aunque no lo bastante, porque él se dio cuenta, se palpó el bulto bajo la sábana.

—Todavía lo tengo —dijo.

— Si le atizara en la cabeza con un bate de béisbol —replicó él con exagerada simplicidad—, tendría un bulto en ella. Y estaría ahí mañana y pasado. Claro que al día siguiente sería más pequeño, y al cabo de una semana aún lo notaría... pero ya habría desaparecido. Lo mismo que ese otro bulto.

Al fin, ella permitió que la enfermedad del caso la conmoviese.

—Una cura de una sola inyección para el cáncer...

— ¡Cielos, no! —Exclamó él con dureza—. Por su aspecto se que tendré que oír otra vez el maldito discurso. Bien, pues no lo haré.

— ¿Qué discurso? —inquirió ella, sobresaltada.

—El relativo a mi deber con la humanidad. Tiene dos fases y muchos

contextos. La primera fase trata de mi deber con la humanidad, y en realidad significa que podemos dar un paso clásico al respecto. La segunda fase sólo trata de mi deber con la humanidad, y no la oigo a menudo. La segunda fase no tiene en cuenta la renuencia de la humanidad a aceptar lo bueno a menos que proceda de fuentes ya aceptadas y respetables. La primera fase está bien enterada de esto, pero sabe buscar maneras de darle la vuelta.

— Oh, yo no... —tartamudeó la joven. Luego, calló.

—Los contextos van acompañados por la luz de la revelación —continuó él sin hacer caso de la interrupción —, con o sin religiones y misticismos. O están severamente forjados en el molde ético-filosófico, y tratan de obligarme a rendirme por medio de la culpa, mezclada, hasta cierto punto para llegar a un total, con la compasión.

—Pero yo sólo...

— Usted ha probado el mejor ejemplo de cuanto he dicho —añadió él, señalándola con el índice —. Si mis presunciones hubieran sido correctas y usted hubiese ido a ver a sus matasanos locales y ellos le hubiesen diagnosticado cáncer, enviándola a un especialista, y éste hubiese hecho lo mismo, llamando a un colega para hacerle una consulta, y, llena de pánico, usted hubiera caído en mis manos y hubiera quedado curada, y luego hubiese ido a ver todos sus médicos para contarles el milagro, ¿sabe qué habría obtenido de ellos? Un diagnóstico de remisión espontánea, eso es lo que habría obtenido. Y no sólo de los médicos —prosiguió con una súbita renovación de la pasión, ante la cual la muchacha se encogió en la cama —. Todo el mundo tiene sentido comercial. Su dietista se habría inclinado sobre su germen de trigo o sus pasteles de arroz macrobióticos; su sacerdote se habría dejado caer de rodillas mirando al cielo; su especialista en genética habría forjado una teoría respecto a los saltos generacionales, y le aseguraría que probablemente sus abuelos también tuvieron remisiones espontáneas, sin saberlo.

— ¡Por favor! —gritó ella.

— ¿Sabe lo que soy? —gritó él también —. Un ingeniero doble: mecánico y eléctrico, y tengo un diploma en leyes. Si usted fuese lo bastante tonta como para

contarle a alguien lo que ha sucedido aquí (y espero que no lo cuente, aunque si lo hace sabré protegerme), podrían encarcelarme por practicar la medicina sin título, y usted podría denunciarme por asalto, ya que le inserté una aguja en el cuerpo, y tal vez por secuestro, si lograra demostrar que la traje aquí desde el laboratorio. Y a nadie le importaría un pepino que yo le haya curado el cáncer. Usted no sabe quién soy, ¿no es así?

—No, ni siquiera sé cómo se llama.

— Ni se lo diré. Además, tampoco yo sé su nombre...

— —Oh, yo me llamo...

— ¡No me lo diga! ¡No me lo diga! ¡No quiero oírlo! Quise intervenir en su bulto y lo hice. Y ahora deseo que usted y su bulto se larguen cuanto antes de aquí. ¿He hablado con claridad?

—Bien, deje que me vista —replicó la muchacha— y saldré de aquí ahora mismo.

— ¿Sin hacer discursos?

—Sin hacer discursos. —Al instante, su cólera se transformó en desdicha, y añadió—: Iba a decirle que le estoy muy agradecida. ¿Hubiese sido correcto?

La cólera de él también sufrió una transformación. Se acercó a la cama y se sentó sobre los talones, lo que hizo que las caras de ambos quedasen niveladas.

— Sí, sería estupendo —murmuró él—. Aunque... en realidad no se sentirá agradecida hasta dentro de diez días, cuando consiga el informe de «remisión espontánea», o incluso hasta dentro de seis meses, o un año o dos o cinco, cuando los análisis sean negativos.

La joven detectó tanta tristeza detrás de estas palabras que buscó la mano de su salvador cuando éste intentó apoyarse en el borde de la cama. Él no se apartó, sino que pareció agradecer aquel gesto.

— ¿Por qué no puedo estar agradecida ahora? —quiso saber ella.

—Eso sería un acto de fe —respondió él con amargura—, y los actos de fe ya no existen... si es que existieron alguna vez. —Se incorporó y se dirigió a la puerta—. Por favor, no se marche esta noche —pidió—. Está muy oscuro y no conoce el camino. Nos veremos por la mañana.

Cuando volvió a la mañana siguiente, la puerta estaba abierta. La cama se hallaba ya hecha, y las sábanas estaban debidamente dobladas sobre la butaca, junto con las fundas de las almohadas y las toallas que ella había usado. La joven no estaba allí.

El hombre salió al patio de entrada y contempló su bonsai.

El sol matutino doraba el follaje horizontal del viejo árbol dando relieve a las ramas retorcidas, así como a los nudos grises y a las grietas de terciopelo. Sólo el compañero de un bonsai (hay dueños de bonsais, pero pertenecen a una casta inferior) comprende plenamente esta relación. Existe un vínculo exclusivo e individual con el árbol porque éste es una cosa viva, y las cosas vivas cambian, y existen formas definidas hacia las que el árbol desea cambiar. Un hombre ve el árbol y en su mente hace ciertas extrapolaciones de lo que ve, forjando planes para que éstas se produzcan. El árbol, a su vez, sólo hace lo que puede hacer un árbol; se resistirá hasta la muerte a hacer lo que no puede hacer, o a hacerlo en menos tiempo del que necesita. La formación de un bonsai es, por tanto, un compromiso y una colaboración. Un hombre no puede crear un bonsai, ni siquiera un árbol. Se necesita la colaboración, y ambos deben entenderse mutuamente. Y esto requiere tiempo. Hay que memorizar el bonsai que se posee, cada ramita, el ángulo de cada hueco, de cada aguja, y despierto durante la noche, o en una pausa a mil kilómetros de distancia, uno recuerda esto, o aquella línea, o su masa, y se trazan planes. Con alambre, agua y luz, con reajustes, plantando hierbas que le roben el agua, o con una cubierta que haga sombra a la raíz, se le explica al árbol lo que se desea y, si la explicación queda lo bastante clara y existe una buena comprensión mutua, el árbol responderá y obedecerá... O casi. Siempre existirá su propia estimación, su variación altamente individual: Muy bien, haré lo que deseas, pero lo haré a mi modo. Para estas variaciones, el árbol siempre quiere presentar una explicación clara y lógica, y muy a menudo (casi sonriendo) dejará bien claro que el hombre habría podido ahorrarse tantos afanes si el entendimiento hubiera sido mejor.

Es la escultura más lenta del mundo y, a veces, se llega a dudar de si el esculpido es el hombre o el árbol.

Estuvo, pues, más de diez minutos contemplando el dorado de las ramas superiores, y después fue hacia una cómoda de madera tallada, la abrió, sacó un retal grande de tela de dril, abrió el vidrio de un lado del atrio y extendió la tela sobre las raíces y sobre toda la tierra que se extendía a un lado del tronco, dejando el resto abierto al viento y al agua. Tal vez dentro de poco, un mes o dos, un vástago de la rama más alta aceptaría la insinuación y el irregular flujo de humedad subiría por la capa de cambio, se apartaría de la línea ascendente y continuaría por el paso horizontal. Aunque tal vez no lo hiciera, y en ese caso se necesitaría el lenguaje más duro de las ataduras y los alambres. Pero entonces quizá el árbol tuviera algo que decir acerca de lo correcto de una tendencia a subir, y tal vez pudiera decirlo de manera lo bastante persuasiva para convencer al hombre; en conjunto, se trata de un diálogo paciente, lleno de significado y provechoso.

—Buenos días.

— ¡Oh, maldición! —masculló él—. Ha hecho que me muerda la lengua. Pensé que se había largado.

— Y me largué. —La muchacha se arrodilló en la sombra con la espalda contra la pared interior, frente al atrio—. pero luego me detuve para estar un rato con el árbol.

-¿Y qué...?

—Medité mucho.

— ¿Sobre qué?

— Sobre usted.

— ¿De veras?

— Oiga —observó ella con firmeza —, no iré a ver a ningún médico para que compruebe esto. No quise irme hasta decírselo y hasta estar segura de que me cree.

—Vamos, entre y comeremos algo.

—No puedo —rechazó, riendo tontamente—. Tengo los pies dormidos.

Sin vacilar, él la cogió en brazos y la llevó a cuestras, rodeando el atrio.

— ¿Me cree? —indagó ella, con el brazo en torno a los hombros del

hombre, las caras muy juntas.

Él continuó andando hasta llegar a la cómoda de madera. Allí se detuvo y la miró fijamente a los ojos.

—Te creo —respondió, tuteándola—. No sé por qué has tomado esa decisión, pero estoy dispuesto a creerte.

La sentó sobre la cómoda y dio un paso atrás.

—Es por el acto de fe que mencionaste —explicó ella con gravedad—. Pensé que debía mostrarlo, y que tú debías sentirlo al menos una vez en tu vida, para que no puedas volver a decir una cosa semejante nunca más. —Taconeó contra el suelo de pizarra—. Huy... —se quejó—, agujas y alfileres,

—Has debido de meditar largo tiempo.

—Sí. ¿Quieres saber algo más?

-Claro.

—Eres un hombre enfadado y asustado.

—Aclárame eso —pidió él, entusiasmado.

— No —replicó la joven quedamente —acláramelo tú. Y hablo en serio. ¿Por qué estás enfadado?

— ¡Te juro que no lo estoy! Aunque... —añadió de buen humor— tú me empujas en esa dirección.

— ¡Vaya! ¿Por qué?

La contempló durante lo que a ella le pareció una eternidad.

— ¿De veras quieres saberlo? La joven asintió.

Él agitó una mano.

— ¿De dónde supones que viene todo esto: la casa, la tierra, el equipo? — preguntó.

Ella aguardó.

—Un sistema de escape —continuó él, con un engrosamiento de la voz que ella ya iba conociendo—. Una manera de guiar los gases residuales fuera de los motores de combustión interna, de tal manera que se les da un giro. Los sólidos sin quemar quedan encajados en las paredes del manguito, en una funda de fibra de vidrio que sale en una pieza y puede ser sustituida por otra limpia cada tres mil

kilómetros. El resto del residuo se quema con su mismo contacto y lo que arde se quema. El calor se emplea para precalentar el combustible; el resto se enrolla de nuevo en un cartucho de ocho mil kilómetros. Lo que finalmente sale, al menos según los niveles actuales, es muy limpio. Y a causa del precalentamiento, se logra un kilometraje mucho mejor del motor.

—Habrás ganado mucho dinero.

—He ganado mucho dinero —asintió él—, pero no por utilizarse este sistema para descontaminar el aire. He hecho mucho dinero porque lo adquirió una empresa automovilística y lo encerró en una caja hermética. No les gustó porque cuesta demasiado instalarlo en los coches nuevos. A algunos amigos suyos del negocio de refinado tampoco les gustó, porque saca demasiado rendimiento de los combustibles crudos. Bien, no conozco nada mejor ni pienso volver a cometer el mismo error. Pero sí..., estoy enfadado. Me enfadé cuando, siendo casi un crío, estuve en un petrolero y deseábamos lavar los mamparos con jabón ordinario y un trapo, y yo bajé a tierra para comprar un detergente, a fin de hacerlo mejor, más de prisa y más barato; de modo que le llevé el detergente al contraamaestre y éste me pegó en la boca por pretender conocer mejor el oficio que él. Bueno, el hombre estaba borracho, claro, pero lo peor vino cuando los más veteranos de la tripulación se enteraron de ello y me acusaron de ser un «hombre de la empresa», cosa que en un barco es un gran insulto. No comprendo por qué la gente rechaza siempre lo mejor.

»He luchado toda mi vida contra esto. En mi cabeza hay algo que no desaparece; es la forma que tengo de formular la pregunta: ¿Por qué una cosa es como es? ¿Por qué no puede ser de esta o de aquella manera? Siempre hay alguna pregunta que formular respecto a una cosa o una situación; especialmente, nunca hay que abandonar ni renunciar cuando te gusta una respuesta, porque siempre hay otra por hacer. Y vivimos en un mundo donde la gente no quiere formular la otra pregunta.

»Me han pagado todo lo que mi estómago puede contener por cosas que la gente no usa, y si estoy constantemente enfadado es por mi culpa, lo admito; porque no puedo dejar de formular la pregunta siguiente y esperar la respuesta.

Hay media docena de inventos similares en este laboratorio que nadie verá jamás, y otros cincuenta en mi cabeza; pero ¿qué se puede hacer en un mundo donde la gente prefiere matarse en un desierto, a pesar de saber que ello puede ser el verdadero fin de todo, donde todo el mundo gasta miles de millones en buscar un nuevo pozo de petróleo, cuando se ha demostrado hasta la saciedad que los carburantes fósiles nos matarán a todos?

»Sí, estoy enfadado. ¿No lo estarías tú?

La joven dejó que el eco de la voz de su interlocutor rondase por el patio y por la claraboya del atrio, y esperó un poco más para que él se diese cuenta de que estaba en el patio con ella, y no a solas con su furor. Él sonrió cuando lo comprendió.

—Tal vez formules la pregunta siguiente en vez de formular la pregunta correcta —dijo ella—. Opino que la gente que vive gracias a los antiguos y sabios proverbios trata de no pensar, y sé que vale la pena prestarles atención. Fíjate en esto: si formulas una pregunta de manera correcta, obtendrás la respuesta. Quiero decir —continuó tras una pausa para comprobar que él la escuchaba con atención, cosa que hacía—, si pones una mano sobre una estufa caliente puedes preguntarte: ¿cómo impediré que se me queme la mano? Y la respuesta es muy clara, ¿verdad? Si el mundo sigue rechazando lo que le das, ha de existir una manera de preguntar el porqué y obtener la respuesta apropiada.

—La respuesta es muy sencilla —gruñó él—. La gente es estúpida.

—Ésa no es la respuesta, y tú lo sabes.

— ¿Cuál es, entonces?

—Oh, no puedo decírtelo. Sólo sé que es más importante la manera como uno hace algo respecto a la gente que lo que hace, si quiere obtener resultados. Bueno..., tú ya sabes cómo lograr lo que deseas del árbol, ¿no es cierto?

»La gente también vive criando cosas. No sé ni una centésima parte de lo que sabes tú acerca del bonsai, pero sí sé esto: cuando empiezas uno, no tomas el más sano y hermoso, sino que es precisamente el más torcido el que puede resultar más bello. Cuando desees educar y criar a la humanidad, debes recordar esto.

— ¡De todo lo que...! No sé si reírme o darte un buen puñetazo en la boca.

La joven se puso de pie. Él no se había dado cuenta de lo alta que era.

—Será mejor que me largue.

—Vamos..., vamos... No era más que un modo de hablar.

—Oh, no me siento amenazada..., pero será mejor que me vaya.

— ¿Temes formular la siguiente pregunta? —inquirió él astutamente.

—Estoy aterrada.

—Pregunta, de todos modos.

-¡No!

—Entonces, preguntaré yo por ti. Has dicho que estaba enfadado y asustado. Y deseas saber qué es lo que me asusta.

-Sí.

—Bien. Estoy terriblemente asustado de ti.

— ¿De veras?

—Tienes una forma propia de provocar la honestidad —respondió él con cierta dificultad—. Diré lo que sé que estás pensando: temo cualquier relación humana íntima. Temo cualquier cosa que no pueda resolver con un destornillador, o un espectroscopio de masas, o una tabla de cosenos y tangentes.

La voz era burlona, pero le temblaban las manos.

—Manejas esto regándolo sólo por un lado —murmuró ella—, o volviéndolo hacia el sol. Lo manipulas como si fuese una cosa viva, como un animal, una mujer o un bonsai. Será lo que deseas que sea si lo dejas seguir su curso y te tomas el tiempo y los cuidados necesarios.

—Creo que me estás haciendo una oferta —observó él—. ¿Por qué?

—Sentada allí casi toda la noche —explicó la muchacha—, tuve una imagen muy tonta. ¿Crees que dos árboles retorcidos pueden colaborar para formar un bonsai?

— ¿Cómo te llamas? —le preguntó él suavemente.